



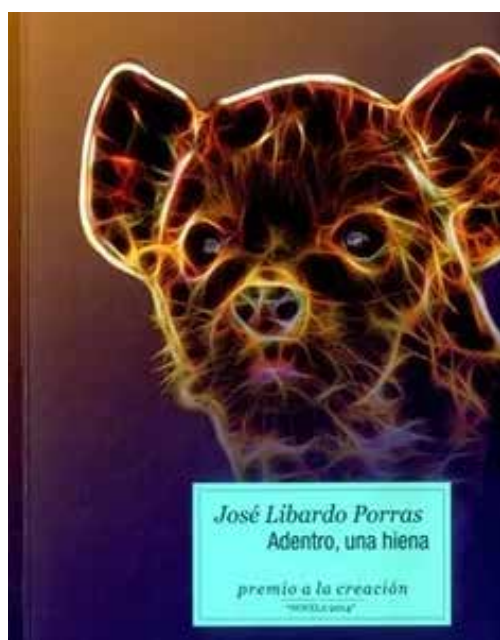
APUNTES SOBRE LA PROSA DE JOSÉ LIBARDO PORRAS

Jorge Iván Agudelo

No bien descargar el morral y acomodarse en la silla, Vladimir se dio cuenta de que nunca, desde su primera vez en el Danubio, hace años ya, había buscado la penúltima mesa del costado derecho. Pensó en moverse; alcanzó, incluso, como si hubiera infringido una norma, como si lo obligaran, a tirar el cuerpo hacia adelante y, con fuerza, apoyar, para ayudarse a ponerse de pie, las manos en los muslos; pero, rápido, antes de estirar las rodillas, cogió el morral, abrió el cierre del bolsillo mediano y sacó dos libros: *Adentro una hiena* y *Lucky*. Los puso en la mesa, uno al lado del otro; se quedó mirando, muy atento, una de las carátulas, el dibujo del animal carroñero: primero sus ojos, dos bolitas negras, de cristal, que le daban un aspecto de timidez o de indefensión; después, esas líneas amarillas, como una especie de venas de luz, que le atravesaban, por todos lados, el cuello y la cara; se imaginó, también, filas de dientes cebadas en huesos y vísceras y, por último, pensó en Libardo, el escritor, su amigo muerto.

Sandra, la mesera, contrario a lo que Vladimir esperaba, por su borrachera de unos días atrás, que terminó en laguna, le entregó, con una risita maliciosa, el tinto que él le había pedido, después de saludarla, mientras caminaba, distraído, buscando acomodo entre las mesas del local. Sea lo que sea que haya hecho ese día, o esa noche, pa mejor decir, da más para la burla que para el enojo, pensó. Tomó un sorbo de café, volvió a su morral; esta vez sacó, del bolsillo grande, un lápiz rojo y un cuaderno, sin rayas, nuevo, y escribió en la primera hoja: Apuntes sobre la prosa de José Libardo Porras.

Nos conocimos una madrugada en la Placita de Flórez, empezó a escribir, consciente de que, lejos de cualquier consideración sobre cualquier prosa, lo que estaba haciendo era chuzar su memoria. Yo tendría más o menos unos veinticinco y Libardo iría por los treinta y cinco, continuó. Di lidia con *El obsceno pájaro de la noche*. Él también lo había leído. Hablamos de ese escritor medio tirado que caminaba por las calles de Santiago, mudando siempre; de unos huérfanos, de un asilo, de un museo de fenómenos que le construyeron a un heredero deforme; en fin, algo así, retazos de la novela. Terminando la



Recientemente, la Editorial CES reeditó la novela Adentro, una hiena, de José Libardo Porras.

botella de guaro de las cinco de la mañana, me dio por decirle que su maestro, don Manuel Mejía Vallejo, con ese realismo a ras de tierra, le había hecho mucho daño, a él y a la literatura antioqueña. Libardo se rio con ganas y me invitó a medio pollo, porque, según cuentas, yo estaba muy borracho y no sabía lo que decía. Bien hubiera podido emberracarse o soltarme parrafadas en tono de suficiencia pa que me corrigiera, para que respetara. Esos diez años de diferencia pesaban. A sus ojos yo era lo que era: un mocoso. Nos comimos el pollo y nos tomamos otros guaros.

Bueno, en mi descargo tengo que decir que para ese entonces **no había leído nada de Manuel Mejía, que su nombre, tan rutilante entre estas montañas, solo estaba ahí para picar la lengua, para sacarle la piedra a sus apóstoles.** En todo caso, ya hice las paces con el hijo amado de Jericó, leí dos veces *Aire de tango* y *Los cuentos de zona tórrida*: la novela se arriesga y los cuentos me recordaron a Rulfo. No es poco. **Nada de eso le dije nunca a Libardo, no por desidia ni por llevarme un punto. Siempre quedan cosas en el aire. Es todo.**

Escrito esto último, sin pensarlo mucho, apoyó, con fuerza, en la hoja, la punta de su lápiz rojo y trazó una equis sobre el párrafo, levantó el pocillo con la mano izquierda, tomó un trago largo de café, dibujó arabescos en los bordes de la página; después, de golpe, cerró el cuaderno, soltó el lápiz y buscó *Adentro una hiena*, los párrafos subrayados, sus notas; se detuvo, un momento, en un triángulo tembloroso, de un rojo pálido, atravesado, con sus tres delgadas líneas, entre dos hojas de la novela. Leyó, moviendo, despacio, los labios:

Victoria creía que olvidar su enfermedad propiciaba su cura, y que a ese olvido ayudarían el trato social y las entretenciones. Yo, en lugar de olvidarla, ansiaba penetrar en ella y conocerla: ya sabía que actuaba con método (incapacitaba a su víctima y la aislaba de la manada; luego le infligía dolor, poco a poco, hasta doblegarla, chantarle un blusón de arpillera ignominioso y confinarla en un hospital), y que a veces se expresaba en un idioma cuyo abc eran los dolores y a veces por boca de los otros. Por boca de los otros me reveló que nadie

me ayudaría a llevar la carga porque nadie ayudaba a nadie y el lema común era primero yo, segundo yo, y tercero yo; me reveló que yo también era mortal, que no cristalizaría mis sueños y que ciertos placeres ya no los experimentaría más. Lo que seguiría al encierro en una habitación de hospital era un misterio. ¿Sería el ataúd? Tenía que conocer a fondo el lenguaje de la enfermedad si aspiraba a descifrar sus enigmas.

Un arte poética para plantarle cara a la hiena, a la enfermedad, a la parca, pensó Vladimir, y recordó, al tiempo que soltaba, boca abajo, el libro, lo que le dijo Libardo, una tarde de hace varios años, recién salido del hospital, en la urbanización de Belén, mientras le tiraba al perro, a Lucky, una pelota o un hueso de goma: A lo que me voy a dedicar ahora, ya que no me morí, es a corregir lo que tengo publicado, voy a empezar por *Hijos de la nieve*, a eso le sobra la mitad de las páginas y tiene un tufo a experimentación que me choca. No corrigió, o por lo menos no reeditó lo corregido, pero escribió, y escribió distinto, pensó Vladimir.

Abrió, otra vez, el cuaderno, y, a unos centímetros del párrafo tachado, copió, primero, una cita, para después soltar palabras sobre su amigo: **La enfermedad invita al desprecio, el enfermo lo sabe, dice Miller o Durrell, pero la sentencia, sea del que sea, no le sale a Libardo, no le casa. Ni desprecio ni conmiseración. Más flaco de lo que convenía al filo del espíritu (otra sentencia), Libardo siguió, hasta el día de su muerte, leyendo, escribiendo, andando la ciudad hasta donde el cuerpo se lo permitió.**

Otra vez, de extremo a extremo, Vladimir trazó, y retiñó, sobre el segundo párrafo, una equis. Subrayó, también, como para no soltar el lápiz, la palabra *filo* y la palabra *espíritu*; luego dibujó un cuadrado en la esquina inferior derecha de la página y escribió: Obras, y, a reglón seguido, anotó: *Partes de guerra, Fuego de amor encendido, Happy birthday, Capo, Historias de la cárcel Bellavista, Los hijos de la nieve, Es tarde en San Bernardo, Fugitiva, Adentro una hiena, Lucky.*

No está todo, pensó, pero casi. Diez libros, en poco menos de cuarenta años, desde que publicó el primero, y faltan algunos.

Mi literatura es como la natilla de los pobres, mucha y muy maluca, recuerda que decía Libardo, haciéndose el crítico, y ellos, sus amigos, en la misma tónica, secundando, remataban: **apenas digna de un famoso escritor concursero como vos. ¿Cuántos años y cuántos libros después del cáncer de páncreas y de la operación?** Dos novelas memorables para nuestra literatura, para nosotros, sobre la enfermedad y la muerte, murmuró Vladimir y, asentando bien la punta de su lápiz rojo, subrayó los títulos, *Adentro una hiena y Lucky.*

Como si le fueran a faltar hojas y tuviera que tasar el cuaderno, buscó la esquina superior izquierda de la página con los dos párrafos tachados y los arabescos, y escribió: 1) Completar bibliografía de Libardo en la BPP. 2) Consultar (Sala Antioquia) qué cuentos o poemas publicó en las antologías del taller de Manuel Mejía. 3) Revisar listas de participantes a esas famosas liturgias literarias (guiarme por los índices de las publicaciones) y averiguar por Libardo. ¿Qué libros le interesaban? ¿Qué idea tenía el novel escritor sobre la literatura? ¿De qué hablaba?

Leyó, satisfecho, en voz alta, su lista de tareas, se tomó el café que quedaba, medio trago, y, aprovechando que Sandra miraba,

pasando por la penúltima mesa del costado derecho, hacia la calle, y que, además, pensó, andaba de muy buen genio, le señaló el pocillo vacío. Después, como si el espacio, el edificio del frente, la perspectiva del bar desde esa mesa nunca antes por él ocupada, le fueran del todo ajenos, acomodó el cuerpo, buscó el poste, su lámpara apagada, bastiones conocidos, y volvió, sin demora, sin leer, solo mirando renglones, a la lista de tareas.

¿Le ha rendido?, preguntó Sandra, al tiempo que descargaba, entre el cuaderno y los libros, el tinto nuevo. Sí, más o menos, quiero escribir algo sobre este amigo, no sé bien qué, le dijo Vladimir, mientras, con gesto ceremonioso, le entregaba una de las



José Libardo Porras Vallejo. Fotografía: Julián Roldán.

novelas. Sandra se arrimó el libro a la cara y, rápido, apenas reparando en el título, con un dedo separando las páginas, se lo devolvió. Lea aquí, desde el punto aparte puede ser, le dijo. Como mande, aceptó Vladimir, riéndose, cuidando de no perder la página, y empezó:

Me veía en la fosa cubierto de cal viva, indefenso ante la rapiña de miles de gusanos blancos y encarnados, desliéndome hasta quedar convertido en un reguero de huesos anónimos entre un cúmulo de polvo. Lo que se dice una muerte sin gloria. Pero, ¿en qué consiste una muerte gloriosa? ¿Quiénes son merecedores de ella? Sabía de hombres y mujeres con vidas recargadas de gloria, que incluso fueron faros de la humanidad, y que murieron como cualquier vecino: una enfermedad penosa que los torturó durante años; un envenenamiento; un ataque fulminante al corazón; un accidente aéreo, un balazo por parte de un pistolero incógnito; un camión sin frenos. Pensé en Esquilo, muerto por el golpe de un caparazón de tortuga que dejó escapar un águila de entre sus garras desde el aire. Esta evocación me hizo reír. Reír consciente de que podía ser la última vez que reía. No todos pueden ser el general que cae...

Préstemelo, interrumpió ella, antes de que él acabara la frase, cerrara el libro y lo descargara. Te lo regalo, cuando termine esto te lo regalo, contestó Vladimir; buscó el pocillo, se lo llevó a la boca, pero, recordando que ella servía los tintos hirviendo, lo soltó al lado del cuaderno, cerca al borde de la mesa. ¿Y eso del tal Esquilo es cierto, o es un embuste como los de ustedes?, preguntó Sandra, sin mirarlo, como por no dejar, concentrada, más bien, en la carátula del libro de la hiena. Eso dicen, respondió Vladimir; de lo que sí no hay duda es de los tales gusanos blancos. En todo caso, siempre es bueno que se lo recuerden a uno, terminó por decir ella; cogió el platico y el pocillo vacío y se fue, dando perezosos pasos, hacia la barra, sus dominios, como si todavía quisiera decir algo, le pareció a él.

Entre dos páginas limpias, hacia la mitad del cuaderno, con letras grandes, escribió Vladimir: La muerte no se puede leer, y, después, con la letra menuda de los poemas, pensó, escribió:

Gusanos blancos
reptan entre los párpados
merodean también hienas
brillan
todavía
intocados
los huesos

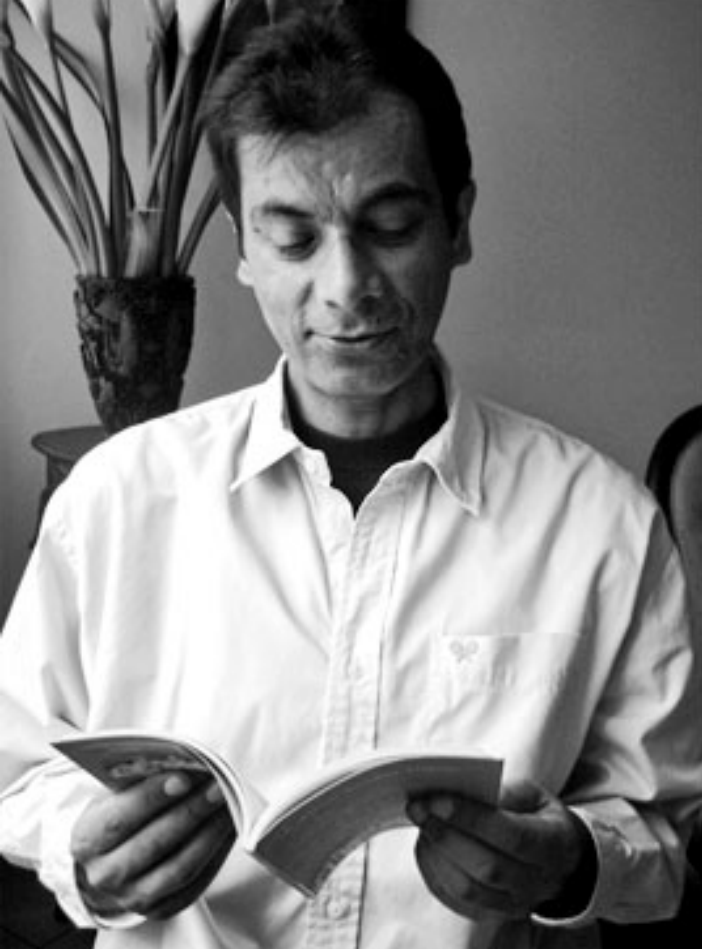
Leyó una, dos veces, el poema, pero, lejos del cuerpo muerto, de la carroña, de la debacle, de golpe, una imagen, un barrio: Belén San Bernardo, el mundo de afuera, pensó Vladimir, no recorrido, aunque también podría ser, más bien, leído, en una de las estampas escritas hace tanto por su amigo, la de Ismael, el camaján que se acerca, por entre los vericuetos del recuerdo, para descrestar, todavía, a un corrillo de niños, y a él, a Vladimir, que se encontró el libro hace más de veinte años, una mañana, después de una fiesta, mientras todos dormían, en la biblioteca de una conocida, y en sus páginas, los jubilados, la tienda de don Pablo, las señoras, Teresa, la casa, e Ismael, por encima de todo, sobrevolando cabezas, con el muy humano brillo de la maldad en los ojos. Entonces, Vladimir, sin dudar, sin calibrar palabras, recitó:

Cuando una llama se resiste al viento, su nombre tiembla en mi boca.

No habré de pintarles a Ismael. Apenas puedo fantasearlo, imaginarlo, inventarlo, ponerlo en la ventana, por la que estoy mirando.

Le gustaría, piensa, saberse el texto completo, recitarlo, llamar a Sandra para que lo oiga, y decirle, en tono glorioso, que cada una de esas palabras las escribió su amigo a los veinticinco años, o, por lo menos, ya que la memoria no alcanza, tener el libro a la mano, mostrarle, como si fuera un tesoro, esa edición de la Biblioteca Pública Piloto de *Es tarde en San Bernardo*, con el nombre del autor y el título en letras rosadas y negras, y la puerta o la ventana grande, como flotando, en medio de la portada, pero no, solo tiene a la mano, y tendrá que ser suficiente para agujonear la escritura, los libros del cierre, de la enfermedad y de la muerte, *Lucky y Adentro una hiena*.

Levantó el pocillo, otra vez, y se tomó, ahora sí, un trago largo de café tibio; recordó, a fuerza de buscarlo, de tallarse la cabeza, que



El primer libro de José Libardo Porras fue publicado por el Fondo Editorial BPP: *Es tarde en San Bernardo*, 1984. Fotografía: Otraparte.

Manuel Mejía auguraría, más o menos, a principios del 80, en el prólogo al libro de su amigo, que *Es tarde en San Bernardo* sería el inicio de cosas que terminarían por conocerse, y la fragua era el barrio. El barrio como atalaya, como espejo deformante, de uno y del mundo, pensó, literario, Vladimir.

Volvió, rápido, como si se le pudieran olvidar las dos o tres palabras que tenía en mente, al cuaderno y, en una hoja nueva, escogida al azar, escribió:

El barrio nunca está dado, es un descubrimiento, una conquista. Muchos se queman. El barrio, también, ha malogrado muchas vocaciones literarias. La fascinación por el registro, por la crónica, por la sordidez, hace olvidar que la literatura, toda, se escribe con palabras, y las palabras tienen calor, peso, son únicas, irrepetibles, intraducibles.

Libardo inventó un barrio, a su pesar, porque él quería la radiografía. Después saldría de esas calles, de la morosa contemplación, a amplios y complejos territorios. La ciudad toda. **Allí la brega fue por reconocer filos, por batirse, en un espacio más grande, encajonado entre montañas, contra fantasmas encarnados.**

Hijos somos todos de la nieve. Pero, ¿y antes? ¿Esa intrepidez, esa violencia, esa velocidad, ese negocio, fueron inventos de las últimas décadas? ¿Aparecieron, de la nada, hombres ávidos y nos perforaron las narices y el alma? Habrá quien lo diga, pero también habrá quien rastree la maña, la codicia, el negocio, el mismo despiadado frenesí con

el que hace más de un siglo atravesamos las montañas. Ahí está, para no ir muy lejos, *Fuego de amor encendido*, su novela histórica (¿Elisa se llamaba el personaje?), una pluma que Libardo supo tirar en el mismo espacio para anclar en otro tiempo, un siglo XIX de castas, dobleces, codicia y honor a la Virgen de la Candelaria.

Siempre cautivado con la vida de los otros (¿el deber o compromiso del escritor de revelar lo real?), quiso desaparecer para que hablara el mudo, el amortajado, el que grita por calles desiertas. Así me haya dicho, parafraseando el “*Madame Bovary soy yo*” de Flaubert, que él estaba pintado de pies a cabeza en Elisa, solo se permitió entrar a escena, solo dijo yo aquí soy el dueño del charango, cuando escribió, sacudido por la enfermedad, plantándole cara a la parca, *Adentro una hiena y Lucky*.

El término. El fin de partida. La vuelta completa. Medir la palabra heredada con los rostros cercanos, las primeras casas, las primeras calles. Después salir del barrio para tomarle el pulso a la ciudad que tocó en suerte. Pero no detenerse ahí, adelantar otro paso, un nuevo vadeo, imaginar e inventar pasados, el posible origen. Para cerrar, recoger el carrete, merodear el propio cuerpo, las muertes cercanas. Asistir, con ojos bien abiertos, a la expiación y al desahucio.

Dio, Vladimir, dos golpes, con la punta, ya roma, del lápiz, a la hoja escrita; levantó la cabeza, hacia la barra, vio a Sandra sonriendo, le devolvió la sonrisa, se concentró en un edificio en el que nunca se había fijado, sus siete balcones en fila; en el segundo piso un viejo labrador echado, con las patas por fuera de la baranda, lo miró, o eso cree, o quiere creer, Vladimir; por último, dejando el lápiz en medio de dos hojas, cerró el cuaderno.

Jorge Iván Agudelo



Historiador de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Magíster en Hermenéutica Literaria y candidato a Doctor en Humanidades de la Universidad EAFIT. Ha publicado los libros de poesía *La calle por cárcel* (Editorial Universidad de Antioquia, 2010), *Ni el abrazo ni el refugio* (Editorial Universidad de Antioquia, 2016), *Un otro hermano terror* (Verso Libre Editores, 2023), *Donde está ese calendario había un dibujo de un molino* (Editorial Arbitraria, 2025) y la novela *Muerde perra espléndida* (Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2023).